

La contribución de Ramón Otero Pedrayo a la Historia Agraria

RAMÓN VILLARES

1. INTRODUCCIÓN

Celebro la oportunidad que ha abierto esta revista para rescatar, evaluar o actualizar la obra de importantes maestros de la historia agraria española, tanto en su dimensión más general como en un plano más regional, que es el caso que nos ocupa. Tener maestros es obligado, pero saber que se han tenido es la prueba necesaria para construir una tradición científica. Y me satisface, además, poder dar cuenta de la obra agrarista de Ramón Otero Pedrayo, un autor que suele figurar en el Parnaso literario pero que, en cambio, apenas es reconocido en los ámbitos de la geografía y la historia agraria. Algunas razones hay para ello, pues es la obra de creación literaria (en forma de novela, ensayo e incluso teatro) el campo más cultivado por este autor. Pero poderosas razones hay también para colocar la obra de este polígrafo gallego en la mejor tradición intelectual de la España de la primera mitad del siglo XX, en lo que se refiere a su estudio del paisaje rural y sus transformaciones históricas, la concepción del tiempo como un continuo devenir, los conflictos sociales y la comprensión de la fase final de una civilización rural plurisecular, de base campesina, eclesial y *fidalg*a, como era la de la Galicia que le tocó vivir. Rescatar y valo-

Recepción: 2008-01-09 • Revisión: 2008-01-19 • Aceptación: 2008-01-23

Ramón Villares es catedrático de Historia Contemporánea. Dirección para correspondencia: Departamento de Historia Contemporánea y de América, Facultad de Geografía e Historia, Universidade de Santiago de Compostela, Praza da Universidade 1, 15782 Santiago de Compostela (A Coruña). E-mail: hmravipa@usc.es

rar su condición de geógrafo e historiador rural es, pues, tarea que no sólo complementa sino que agranda su dimensión como autor de creación y como intelectual.

La obra de Otero Pedrayo es la propia de un polígrafo y de una persona de formación autodidacta. Su enorme diversidad temática y la considerable extensión de su obra escrita, poco reductible a un enfoque disciplinar y sistemático, obliga a hacer una severa reducción de contenidos, no siempre fácil ni aconsejable. Pues gran parte de su obra literaria, sobre todo la escrita antes de 1936, constituye una versión novelada de grandes problemas de la sociedad rural gallega de los siglos XVIII y XIX. Con frecuencia afirmaba que se podía obtener un mejor conocimiento de la historia de Francia en las obras de Stendhal o de Balzac que en la de los historiadores, de modo que buena parte de su obra novelística no puede deslindarse de su valoración como historiador.

En consecuencia, trataré de fijar mi atención en sus escritos más centrados en la geografía rural y la historia agraria, pero sin descuidar, al menos como apoyos argumentativos, ideas y enfoques que de forma reiterada aparecen en muchas de sus obras literarias, dado que resulta a veces imposible separar unos géneros de otros. Porque como han señalado varios críticos de la obra oteriana, su «intertextualidad» entre géneros literarios es sistemática, mientras que mantiene una unidad sustancial desde el punto de vista de las ideas (Fernández Pérez-San Julián, 2003: 29). Tras una breve presentación biográfica y de su formación intelectual, la aproximación a la obra de Otero Pedrayo pivotará sobre dos aspectos: a) su obra de geógrafo rural, con especial atención a su estudio la aldea rural y sobre el paisaje; b) su obra de historiador, *sub specie litteraria*, de la decadencia o crisis de la sociedad rural tradicional que, posteriormente, se completa con estudios más eruditos sobre aspectos como la desamortización eclesiástica, la institución del foro o la vida cotidiana. En un escueto apartado final llamaré la atención sobre la originalidad de la obra oteriana, pese a su situación marginal en la tradición historiográfica de su época, incluso en el marco de Galicia.

2. UNA FORMACIÓN AUTODIDACTA

Ramón Otero Pedrayo (Ourense, 1888-1976) es uno de los más grandes intelectuales de la Galicia contemporánea. Formó parte, con Vicente Risco, Alfonso Castelao y Florentino Cuevillas, de la Generación *Nós* –así llamada por la revista del mismo nombre fundada y publicada en Ourense entre 1920 y 1936–, que es el correlato galaico de la generación española de 1914, la de Ortega y Azaña. Formado en su adolescencia ourensana por profesores del Instituto de Enseñanza Media (Marcelo Macías, E. Moreno López) que marcaron su vocación por la historia, la geografía y la literatura, pasó luego largos años

en Madrid, donde combinó una educación reglada en la Universidad (en las carreras de Derecho y Letras) con una educación más informal adquirida en el Ateneo y en las tertulias políticas y literarias de la época. Tras «catorce inviernos» pasados en la ciudad del Manzanares (desde 1905 a 1919), ganó las oposiciones de catedrático de Instituto, en el área de Geografía e Historia, puesto que desempeñó brevemente en Burgos y Santander, para recalar finalmente en el Instituto de su ciudad natal, en 1921.

Desde entonces, su dedicación profesional a la docencia se completó con una fecunda labor de investigador y de escritor, además de formar parte de instituciones como el *Seminario de Estudos Galegos*, fundado en 1923, del que fue su último presidente, y de desarrollar una intensa actividad política, en el seno de *As Irmandades da Fala* y, desde 1931, del *Partido Galeguista*. Diputado en las Cortes constituyentes de la II República, se convirtió, con Castelao, en la figura pública más influyente de la Galicia republicana en el campo del galleguismo cultural y político. Apartado parcialmente de la vida política a partir de las elecciones del Frente Popular, en las que no participó por disenter de la política religiosa propugnada por la coalición de izquierdas a la que se había adherido el *Partido Galeguista*, asiste al drama abierto por la guerra como una persona que, aún escindida entre sus creencias y sus lealtades, nunca abdicó de su adscripción galleguista ni de su entereza moral. A pesar de su ideología religiosa y conservadora, es separado en 1937 de su cátedra de Instituto, en la que no es repuesto hasta 1948, permaneciendo once años privado de su condición de funcionario público. Finalmente, en 1950 accede por oposición a la primera cátedra de Geografía de la Universidad de Santiago de Compostela, ciudad en la que pasa los «ochos años más dichosos» de su vida, hasta su jubilación en marzo de 1958.

Los azares de su vida profesional no le permitieron convertirse en un *scholar* propiamente dicho, a pesar de la influencia ejercida sobre sus estudiantes del Instituto orensano. Aunque en sus años de profesor universitario logró formar algunos discípulos, como Francisco Río Barja o Antonio Fraguas, su magisterio universitario fue escaso y tardío. Más fecundo fue su magisterio intelectual y moral, del que se beneficiaron muchos universitarios de la época, que de forma sistemática le reconocieron como el gran «patriarca» de la cultura gallega, como se demuestra en los homenajes (convertidos en libros) que se organizaron tanto en Galicia como en la emigración americana, en la hora de su jubilación universitaria. Fue el suyo un magisterio difuso, fundado tanto en la pluma como en la palabra, que se acrecentó todavía más durante sus años de fecunda senectud horaciana, pasados entre su casa de Ourense y su pazo familiar de Trasalba, con tres intensos viajes a América (Buenos Aires en 1947, Caracas en 1956, Buenos Aires en 1959).

Hijo único de una familia de profesionales liberales y propietarios rurales, hizo de su peripecia familiar y vital un trasunto literario de su condición de último vástago de una estirpe que tenía mucho más pasado que futuro, en el mejor estilo lampedusiano. Aunque vinculado vitalmente de forma estable a su ciudad natal y su residencia rural en el *hinterland* orensano (el pazo de Trasalba), su formación es la propia de escritores e intelectuales de la España de principios del siglo XX, que buscaron en capitales como Madrid, París o Berlín las fuentes en las que saciar su sed de intelectuales *fin de siècle*. La formación de Otero Pedrayo, evocada en su novela autobiográfica *Arredor de si* (1930) y posteriormente descrita con gran detalle en sus *Lembranzas do meu vivir* (memorias todavía inéditas), tuvo mucho de educación informal, basada en la lectura directa de los grandes autores, a los que accede básicamente en sus tiempos de estudiante en Madrid, como visitante diario de la biblioteca del Ateneo.

En cambio, su aprendizaje universitario fue más débil. Pocos maestros es capaz de recordar en sus Memorias, más allá del helenista González Garbín o el «ruskiniano» Andrés Ovejero, mientras que evoca con pasión a sus profesores orensanos. Tuvo entonces una relación más deseada que satisfecha con la tradición institucionista de Giner de los Ríos, en la que veía un cierto jesuitismo, y no llegó a efectuar una larga estancia en el extranjero, como hicieron tantos miembros de su generación. En todo caso, hay en la formación de Otero Pedrayo un aire de familia con toda la tradición intelectual de la España de principios del XX, que se expresa a través de su desasosiego espiritual, la búsqueda de una voluntad férrea (la «energía» evocada por tantos autores coetáneos), la preocupación por la situación de la nación —que, en su caso, sería la gallega y no la española de raíz castellana— y una posición antifilistea que esconde un claro desprecio por la aparición de la sociedad de masas.

La formación académica de Otero Pedrayo fue, pues, la de un autodidacta que se nutre más de las grandes corrientes de su tiempo que de una educación formal y reglada adquirida en una institución académica. Quizá por ello su método de trabajo se caracterice por el predominio de la intuición, posición metodológica que, por otra parte, era tan común entre las corrientes antipositivistas de principios del siglo XX, desde las propiamente filosóficas de raíz bergsoniana hasta las más científicas de la geografía regional francesa de la escuela vidaliana. Además de la intuición que practicó ampliamente en sus estudios geográficos, Otero desarrolló un método singular para el estudio de la historia, en el que combinaba, según sus propias palabras, «papeletas y recuerdos».

Pero además de «recuerdos», hay en Otero Pedrayo una clara tendencia a recurrir al ámbito local y a los hechos menudos de la vida cotidiana como presupuestos básicos para su actividad intelectual. Sucede claramente en sus estudios de geografía rural, donde echa

mano de forma sistemática de su propia aldea de Trasalba como un crisol en el que decantar sus resultados generales sobre las formas de población, ordenación de cultivos o formación de distintas formas del paisaje. Y sucede en su aproximación a la historia en la que, al lado del dato erudito procedente del archivo, reclama la presencia de los hechos cotidianos como forma de explicar profundas mudanzas sociales o culturales. Son a veces las vivencias singulares y concretas y no los grandes cuadros históricos los que mejor definen una época. Evocando sus años de estudiante madrileño, pudo afirmar en uno de sus mejores textos que «se soupéramos o decorrer das vidas que se sucederon nunha casa de hóspedes da rua Jacometrezo de 1860 a 1900 saberíamos mais do derradeiro dezanove español que estudando todas as leises, todos os libros, todas as coleccións lexislativas do tempo» (Otero, 1931: 43). Era la apuesta por una historia «novelada» al estilo de Balzac o de Pérez Galdós que, sin que Otero acabase practicándola de forma exacta, constituyó una de sus más claras singularidades como autor literario y como historiador del mundo rural, como luego veremos.

3. TIERRA Y PAISAJE

Como puede deducirse de su trayectoria profesional, Otero Pedrayo fue un cultivador sistemático de la geografía, tanto por formación como por vocación personal. Sus querencias románticas y su educación informal en Madrid hicieron de Otero un devoto de los viajes y las excursiones. Siempre se consideró a sí mismo como un viajero o un caminante, al estilo de su amado Chateaubriand. Otero fue, además, el gran geógrafo continuador de Domingo Fontán, el autor de la «Carta Geométrica de Galicia», tantas veces evocada por el señor de Trasalba. El «mapa» de Fontán le acompaña en sus lecturas de infancia y le guía en sus primeros textos ensayísticos sobre geografía rural, le sirve de pieza clave para la trama de la novela *Arredor de si*, viaja con él a Buenos Aires en 1947 para explicar Galicia a la colectividad emigrante y sigue presente en los últimos momentos de su vida, que comparte entre la visión del «Fontán» y la lectura de las *Memorias de Ultratumba* de Chateaubriand.

A pesar de esta devoción por la obra de Fontán, el enfoque geográfico de Otero no es el un cartógrafo o un matemático, sino el de un humanista que estudia las formas del paisaje y las percibe sensorialmente, porque en su opinión, «todo lo que es perceptible por los sentidos es materia de la geografía». Fue un viajero impenitente, por querencia romántica y por formación filosófica, al considerar el movimiento y el caminar la base esencial de su visión del mundo y de su propia explicación como intelectual. Esto le hizo ser especialmente sensible al paisaje y al contacto con la naturaleza que entendía de una forma casi panteísta. Aunque escribió algunos textos decisivos sobre las ciudades, es el mundo

rural el que predomina en su acercamiento a la realidad geográfica de Galicia. Y justamente aquí está una de sus grandes contribuciones a la historia agraria, realizada desde su condición de geógrafo.

La obra geográfica de Otero Pedrayo fue realizada en dos fases muy distintas de su vida. La primera y, desde luego, más sólida es la escrita en la década de los veinte. La segunda, la realizada en los años cincuenta, es más descriptiva y generalista. De la primera fase datan sus libros de viajes (*Guía de Galicia*, 1926; *Pelerinaxes*, 1929) y, especialmente, sus grandes contribuciones al conocimiento geográfico de Galicia, desde el inicial texto «Encol da aldea» (1922) hasta sus dos libros más elaborados, *Problemas de xeografía galega* (1927), que es un estudio de la población rural basado en la aldea de Trasalba y concebido como una aportación al congreso de 1928 de la Unión Geográfica Internacional, y su síntesis *Paisajes y problemas geográficos de Galicia* (1928), que es una presentación de los paisajes gallegos en el marco de los estudios geográficos españoles. En la década de los cincuenta, las aportaciones geográficas de Otero fueron más desiguales, pues oscilan entre su participación en la redacción del manual *Geografía de España* (1955) y su más ambiciosa reflexión teórica sobre el paisaje gallego, «Ensaio sobor da paisaxe galega» (1955), con el que prácticamente se cierran treinta años de sucesivas publicaciones vinculadas al estudio de las formas del paisaje gallego.

La formación de Otero Pedrayo como geógrafo comenzó relativamente pronto. Un profesor de filiación institucionista, Moreno López, ejerció sobre él enorme influencia en sus años de estudiante en el Instituto orensano. Gracias a él se familiarizó con las obras de Elisée Reclus y de Friedrich Ratzel, además de leer con entusiasmo el *Tableau* de Michelet, antepasado directo de otro autor esencial, el geógrafo finisecular Vidal de la Blache, autor de otro *Tableau* (aparecido en 1903), que fue a su vez clave en la concepción de Francia como una unidad de regiones, así como en la definición de su identidad nacional (Guiomar, 1986; Ortega Cantero, 2005). El peso de la ciencia geográfica francesa sobre Otero fue muy fuerte y de ello existen evidencias tanto en sus ensayos o críticas como en sus textos de creación literaria. En su texto geográfico más completo coloca como sus referentes teóricos, además de escritores y viajeros, a Humboldt y a Ritter, a Darwin y a Richtofen, pero a quienes aprecia más como definidores del paisaje geográfico es a Camille Vallaux y a Vidal de la Blache (Otero, 1928: 21-22).

En la escuela geográfica francesa se familiarizó Otero con dos grandes debates. Uno es el debate en torno a la relación entre el factor humano y el medio natural o, dicho en términos de la época, entre *milieu* y *race*, que fue uno de los grandes debates de revistas como los *Annales de géographie* o la *Revue de Synthèse historique* en los años de transición del siglo XIX al XX. La posición de Otero en este punto será ciertamente ecléctica, si

bien se puede considerar algo más próxima a las tesis de la geografía humana francesa, representada por Vidal, que a las procedentes de la antropogeografía alemana definida por Ratzel. Dicho de otro modo, en la opción entre determinismo y posibilismo, Otero opta por el posibilismo a la hora de analizar la dependencia del hombre (o la «raza») respecto del medio natural. En un ensayo de 1931 acaba proclamando, quizás para refutar alguna acusación de ratzeliano, que quiere «explicar el paisaje por la raza, no la raza por el paisaje» (Otero, 1931: 30), aunque vista su obra en conjunto se podría concluir que la influencia de Ratzel es mucho más evidente en sus escritos de los años veinte que en los publicados en la década de los cincuenta, donde se proclama mucho más explícitamente a favor de las tesis posibilistas vidalianas (Díaz-Fierros, 1997).

El otro problema intensamente tratado por la geografía francesa, que encajaba perfectamente con la posición intelectual e ideológica de Otero, era el papel desempeñado por las regiones en la formación de la identidad nacional. Para la tradición intelectual francesa de la III República, desentrañar la naturaleza de la identidad francesa suponía reconocer la fuerza de sus diversas regiones, que comenzaron a ser estudiadas entonces de forma monográfica. La ideología republicana y la construcción nacional se fusionaron en el estudio de las tradiciones regionales, paso necesario para la elaboración de un discurso patriótico (Berdoulay, 1981). Dejemos a un lado el problema de la nacionalización de los franceses y concentremos la mirada en la región como ámbito de estudio y como referente ideológico. Es aquí donde Otero Pedrayo realiza la fusión de dos conceptos claves: la conversión de la región en una realidad nacional, que es Galicia, y en segundo lugar su descubrimiento a través de su dimensión geográfica, en tanto que territorio o espacio natural sobre el que se asienta la población galaica, de raza celta. Galicia se convierte así en la *Terra* por antonomasia, en el referente esencial para la construcción nacional, que tanto Otero como Risco o Castelao invocarán, en tanto que «sentimiento da Terra», como un factor identitario en el comportamiento histórico de la población (o «raza») gallega.

Esta mitificación de la *Terra* o del territorio como espacio en el que se desarrolla la evolución de una comunidad humana, llámese pueblo, raza o nación, no se debe únicamente a su formación como geógrafo. Hay en Otero otras influencias coetáneas, que tienen un claro aire de familia con sus maestros imaginarios. Uno de los pensadores que más directamente contribuyó a forjar la cosmovisión oteriana fue, justamente, el lorenés de origen (como Vidal y tantos otros intelectuales de la III República francesa), el escritor y político Maurice Barrès (Villares, 2007). Su raigambre romántica, su posición antipositivista, su sensualidad pero, sobre todo, su invocación a la «tierra» y a los «muertos» como eje central de su pensamiento, hicieron de su obra un referente constante para el pensador Otero. La tierra, porque marca el modo de ser de los individuos, y los muertos, porque son el mensaje que guía la acción de los vivos. La tierra descrita por los geógrafos y la tierra evo-

cada por los escritores se funde en la *Terra* que, con mayúscula, fue el gran emblema referencial de Otero y de los hombres de su generación. Los muertos son la memoria y la tradición, el sentido de la continuidad histórica. Que en sus últimas horas de vida combinase Otero la lectura de Chateaubriand con la contemplación del mapa de Fontán es la mejor metáfora de esta cosmovisión formada alrededor de la tierra y los muertos.

Más allá de estas raíces disciplinares en las que se forma como un geógrafo humano, cabe preguntarse qué aportaciones concretas dejó su obra que, al menos en parte, son reconocidas todavía en la literatura especializada actual. Hay dos ideas que me parecen esenciales en la fijación de su visión del mundo rural y que, de una u otra forma, repite este autor a lo largo de toda su vida. La primera tiene que ver con la fijación de la aldea y/o parroquia como una unidad básica de asentamiento rural y de funcionamiento de la sociedad campesina. El edificio conceptual y teórico sobre el que Otero levantará su idea de Galicia tiene un pilar esencial en la parroquia que, como agrupación de una o más aldeas, se convierte en «la forma [organizativa] natural, espontánea, inmortal, de la población campesina» (Otero, 1928: 107). La segunda idea, más genérica pero igualmente importante para la definición de una identidad gallega, es su descubrimiento del paisaje y sus diferentes unidades morfológicas, como un modo específico de la población gallega de vincularse al territorio sobre el que se asienta. El paisaje es concepto construido, pero también soporte sobre el que hacer descansar todo un edificio de carácter identitario como, por otra parte, fue tan común en la Europa de su tiempo (Ortega Cantero, 2005).

En un pasaje de la obra *Síntesis histórica do século XVIII na Galiza* (1969), sostiene Otero Pedrayo que en la organización social y económica de la Galicia ilustrada «alenta inteira a aldea» que es tanto como decir que la vida rural es el eje sobre el que descansa la sociedad gallega del siglo XVIII. En otro texto casi coetáneo se dice que «alenta a aldea no sistema ptolemaico dunha economía pechada» (Otero, 1965: 162). La idea de «aldea» funciona como metáfora de toda una civilización rural, más que como expresión de una forma de asentamiento sobre el territorio, pero se reconoce claramente su supremacía sobre otras formas organizativas, en especial ciudades y villas. De hecho, el concepto de «aldea» es algo permanente en el pensamiento oteriano, dado que es en la aldea donde el hombre está en permanente contacto con la naturaleza y es esa relación la que mejor define el «carácter primordial» de Galicia. Su primer texto importante dedicado a esta materia fue, justamente, el titulado «Encol da aldea» (1922), en el que ésta se define como una matriz cultural opuesta a la ciudad, impermeable a las influencias de los retornados de América y resistente a la «tiranía da tenda», esto es, a la economía mercantil que avanzaba de forma inexorable. Esta es una idea-fuerza en toda la obra de Otero, sobre la que más tarde volveremos.

La aldea es una forma de hábitat rural y, además, una referencia cultural esencial, que se complementa o se identifica con una organización territorial de ámbito eclesial, que es la parroquia. La adopción de la parroquia como marco de estudio de la vida rural es una constante en la obra de Otero, aunque es su primer gran texto sobre las formas de «poboazón labrega» donde la sitúa en una posición central para los estudios geográficos, por encima de las regiones «naturales»: «na Galiza temos unha unidade vital antiga, xeográfica, eterna: [la] *parroquia*», que es la base, añade el autor, para la comprensión de la geografía humana de Galicia (Otero, 1927: 9). Propuesta que lleva a la práctica con su estudio muy pormenorizado de la parroquia de Trasalba, que describe en todos sus aspectos, desde los físicos hasta los sociales, económicos y culturales. Lo que en la tradición geográfica vidaliana se hacía con una «región natural», lo hace Otero con una parroquia, aunque más tarde, en los trabajos del *Seminario de Estudos Galegos*, acabará ampliando a toda una comarca o «Terra» (Melide, Deza) el marco básico de estudio.

Aunque esta confusión conceptual entre aldea y parroquia pueda ser debida a la influencia del ejemplo de Trasalba, lo que resulta claro es la idea general de Otero Pedrayo (y de toda la generación *Nós*) de convertir la parroquia en la unidad básica de organización de la población gallega. El reforzamiento conceptual de la parroquia se explica tanto por el arraigo que esta división territorial, incluso en su dimensión cultural y simbólica, alcanzó en la civilización rural gallega, como por su capacidad de reflejar algunas de las ideas más queridas del nacionalismo gallego de la época, que es la continuidad entre organización del territorio desde los tiempos prehistóricos y el peso de la Iglesia, además de establecer un vago paralelismo con otros pueblos célticos. La continuidad entre los castros celtas y las parroquias diseñadas desde la época sueva, que Otero sostuvo con tesón, fue refrendada en gran parte por los estudios más modernos del geógrafo francés Abel Bouhier, que vio en la «castrización» de Galicia el primer eslabón de una ordenación del territorio que desemboca en la parroquia (Bouhier, 1979).

Pero además de esta continuidad histórica, la parroquia es colocada en el primer plano de la organización del territorio por su potencia simbólica. A fin de cuentas, lo que define la parroquia como una comunidad humana es su identificación con los que ya han desaparecido y están enterrados en su cementerio, de modo que de nuevo se entrelazan tierra y muertos. Porque la parroquia, a diferencia del «lugar» e incluso de la «aldea», tiene una fuerza histórica que la hace *imorrodoira*: «la parroquia no muere nunca» (Otero, 1928: 109). El peso actual de la parroquia en Galicia, ya no el real sino incluso el simbólico, es mucho menor del que pudo advertir Otero en la década de los años veinte, como señalan estudios geográficos recientes (García Álvarez, 2002), pero esto no resta importancia al hecho de haber situado en el núcleo central de su idea de Galicia una forma de organización territorial como la parroquia.

Una segunda aportación de Otero Pedrayo al conocimiento del mundo rural fue, sin duda, su estudio del paisaje como resultado de la interacción del hombre con la naturaleza. Toda su formación intelectual, de raigambre romántica, su vocación de viajero y su capacidad sensorial para percibir formas, olores e incluso la diversidad «climática» de las lenguas, lo invitaba a colocar el paisaje en una posición central de su idea de Galicia. En este acercamiento al paisaje cabe distinguir dos aspectos diferentes. El primero, de orden general, es que se debe entender este interés oteriano por el paisaje como la expresión gallega de la tendencia tan común en su época de considerarlo como un elemento esencial en la explicación de las diferencias nacionales. El paisaje se torna, de ese modo, en un hecho cultural e ideológico de primera magnitud, que va más allá de la simple mirada del geógrafo. El segundo aspecto, de orden concreto, es la descripción, tipología e incluso explicación teórica que Otero efectúa del paisaje de la Galicia de su tiempo. En ambos planos se combinan, como en tantas otras facetas de la obra oteriana, una evidente influencia generacional y una reflexión individualizada y personal, aplicada al objetivo de fundamentar la identidad nacional de Galicia.

El interés por el paisaje es antiguo y abundantes son los indicios de ello en la pintura o en la literatura. Pero la aparición de un «paisajismo geográfico» que llame la atención sobre las relaciones entre las formas de la naturaleza y la organización social es un hecho bien moderno, que no adquiere su expresión más cabal hasta finales del siglo XIX y primeros decenios del siglo XX, cuando el paisaje se une a los procesos de construcción de los estados nacionales (Ortega Cantero, 2005). Porque uno de los argumentos más sólidos para establecer la relación entre un territorio y una comunidad humana es, justamente, la de descubrir los lazos que los unen en el espacio y en el tiempo. El descubrimiento del paisaje como factor de nacionalización fue obra de geógrafos, pero también de escritores y de artistas y, de forma preferente en el caso español, del institucionismo. La práctica del excursionismo y la revalorización de espacios naturales como el Guadarrama, «espinas dorsal de España» en definición de Giner de los Ríos, o de ciudades castellanas que, como Toledo o Ávila, permitían imaginar el espíritu de la España mística e imperial, convirtieron el paisaje en un elemento central para la renacionalización de una España puesta en entredicho en el Desastre del 98.

Esta búsqueda de las esencias nacionales en el paisaje no fue, desde luego, privativa del pensamiento institucionista. Con otros objetivos, también formó parte preponderante de proyectos políticos nacionalistas que, de forma alternativa o contradictoria al nacionalismo español de raíz castellana, aparecieron en la España del siglo XX en el seno de sus culturas periféricas. El ejemplo del excursionismo catalán, tan estrechamente vinculado al catalanismo político, es una evidente expresión de esta respuesta (Marfany, 1995; Nogué, 2005). En este contexto hay que situar precisamente la obra de un autor como Otero

Pedrayo que, empleando claves análogas a las que podría sustentar un autor tan influyente como Giner de los Ríos, convierte el paisaje de Galicia en un factor decisivo de su identidad como una nación cultural. Porque «donde hay una raza cósmicamente fijada surge una posibilidad de cultura original», sentenció nuestro autor en una de sus obras más representativas (Otero, 1933: 11).

El estudio y análisis del paisaje de Galicia fue, pues, un argumento esencial de la obra intelectual de Otero Pedrayo. Lo afrontó por razones profesionales, por vocación ideológica e incluso por sensibilidad y gusto estético: «confeso me non podere afastar da suxestión do tema da Paisaxe», reconocía Otero a principio de los años treinta, por ser el paisaje «valor esencial non somentes pra a interpretación xeográfica sinón pra a psicolóxica das culturas» (Otero, 1932: 158). Los resultados, sin alcanzar los niveles analíticos de obras como la de Dantín Cereceda o, en otro plano, de Vidal de la Blache, constituyen una aportación original, todavía reconocida en la actualidad (Pérez Alberti, 2001), más por lo acertado de sus intuiciones que por la precisión de sus análisis.

Hay dos ideas-fuerza en este paisajismo oteriano. La primera, que pudiera considerarse una adaptación a Galicia de las posiciones vidalianas relativas al conjunto de Francia, sería la defensa de la diversidad paisajística de Galicia dentro de una unidad cultural, que en parte se remite a la «atracción atlántica», una de las fuerzas que «governan os procesos e as formas» que adquieren los paisajes. La diversidad interna de Galicia la plasmó Otero en una clasificación o tipología de sus paisajes que, en gran medida, siguen siendo aceptados actualmente. Su distinción básica la fijó en cinco «estaxes» o tipos: «marriña, ribeira, bocarribeira, montaña, serra» (Otero, 1955), de los que sin duda el más original continúa siendo el de bocarribeira, que es el paisaje propio de las laderas de los valles del interior, normalmente ocupado con cultivos de viñedo. Era su paisaje preferido, aquel que el autor podía incluso observar directamente desde el balcón de su pazo familiar: «poucas parroquias tan craramente de *bocarribeira*», sentencia en su monografía sobre Trasalba (Otero, 1927: 11). Estos eran los paisajes que Otero individualizó como propios de una Galicia agraria, intensamente humanizada, en la que los usos agrícolas de la tierra marcaban su valor principal. En la actualidad, esa tipología de los paisajes se ha transformado notablemente, apareciendo «nuevos paisajes», en virtud del éxodo rural, las políticas de reforestación o las nuevas vías de comunicación (Pérez Alberti, 2001), que obligan a pensar nuevas tipologías. Con todo, la aportación paisajística de Otero sigue manteniendo vigencia más en su fundamento teórico que en su tentativa clasificatoria.

La segunda idea básica de Otero, según la cual el paisaje es obra del paso del tiempo, sigue siendo útil. Posición que nos conduce directamente al terreno de la historia. Hay un concepto oteriano muy repetido, que es el de *devalar* (una adaptación gallega del *de-*

venir bergsoniano o del *werden* alemán), como matriz explicativa de la transformación constante del paisaje. En una de sus conferencias pronunciadas en Buenos Aires en 1947 define Otero el paisaje como «algo que vive, como algo que evoluciona, que leva ao paisaxe nun devalar, nun galgar coma as ondas do mar nos cons da costa» (Otero, 1947: 37). En esta mudanza constante del paisaje intervienen factores de orden físico pero también de orden humano, mucho más en el caso de Galicia, que tiene uno de los paisajes más humanizados de Europa. Pero el paisaje ni es algo «natural» ni estático. Es un resultado de la acción constante del hombre sobre la naturaleza, por tanto de la historia sobre el espacio. Es el paso del tiempo el que va modulando las formas del paisaje, como un resultado de la acción de la historia, que «*pascaliza* o *devir* das formas» (Otero, 1955: 73), las somete a regla y, por tanto, las humaniza.

La obsesión por el paso del tiempo es una constante en la obra de Otero. Se observa en su creación literaria o en sus ensayos históricos. En el estudio de los paisajes, que entiende como un *devalar* constante, observa la existencia de planos temporales diferentes, que agrupa en tres «tempos» (planetario, vital e histórico), sin cuyo concurso un paisaje queda privado de valor, reducido a un «flatus vocis». La acción de estos «tempos» no siempre es explícita ni evidente, pero el arte de analizar el paisaje reside justamente en apreciar esos matices, en «atinar na primeira ollada meditativa coa lei dos tempos en cada intre» y saber cual de ellos predomina sobre los demás, para poder apreciar «os ecos dos ritmos e tempos decorridos, as armonías e desarmonías» (Otero, 1955: 29). Es, de nuevo, la interacción entre naturaleza e historia la que marca el enfoque teórico de nuestro autor. Y la idea de los «tres tempos», sin ser especialmente original, llama la atención por su analogía con reflexiones coetáneas, aunque algo posteriores, como la de Fernand Braudel sobre la *longue durée*, con la que se le ha encontrado un cierto paralelismo (Díaz-Fierros, 1997: 507).

4. UNA HISTORIA DE «RECUERDOS» Y «PAPELETAS»

En una de sus últimas entrevistas, realizada hacia 1973, cuenta Otero Pedrayo que con todas sus papeletas, libros y «recordos de cousas sentidas aos vellos», tiene todavía suficiente material para escribir nuevas obras de historia, que serían dos tomos dedicados a los siglos XVIII y XIX, probablemente para formar parte de la *Historia de Galiza*, por él dirigida, que se publicaba en Buenos Aires. Y para justificar la invocación de los recuerdos como fuente histórica, asevera una vez más que «se sai unha historia novelada (...) non será moito mais do que as outras». Esta era la posición metodológica de Otero que, en los años sesenta y setenta, de hegemonía de la historia económica o la serial-cuantitativa, parecía ciertamente una antigualla. Esto explica que en la renovación historiográfica

fica experimentada en España desde los años sesenta, aportaciones como las de Otero Pedrayo (como las de algunos otros pioneros o *free rider*) fuesen dejadas de lado o remitidas al cómodo desván de la historia literaria o los saberes locales.

Permítaseme, en este punto, introducir un pequeño testimonio personal. Debo reconocer que, en mi propia formación académica como investigador en historia agraria –quizás debido al magisterio en este punto de Eiras Roel–, las contribuciones de Otero Pedrayo a la historia rural eran deliberadamente ignoradas, a pesar de haber sido catedrático de Geografía en el centro en el que estudiaba. Felizmente, algo han mudado las cosas y, sobre todo, mucho ha cambiado nuestra forma de ver el pasado. Y lo que entonces se consideraba como una banalidad literaria frente a la certeza del dato estadístico de procedencia archivística, la obra oteriana se ha transformado en un venero de intuiciones que ha sido capaz de servir de inspiración para muchas investigaciones recientes de historia social agraria, especialmente las centradas en torno a la cuestión de las clases agrarias, *fidalgúa* y campesinado. Para cerrar esta breve referencia testimonial, me parece de justicia decir que una de las varias reuniones científicas que acabaron alumbrando la Sociedad Española de Estudios Agrarios (SEHA) tuvo lugar en el otoño de 1988, en Santiago de Compostela, convocada con motivo del primer centenario del nacimiento de Otero Pedrayo. Aunque las actas de aquel encuentro desborden ampliamente el cauce de temas y querencias oterianas, la figura del señor de Trasalba no dejó de estar presente en muchos de los debates (uno de ellos desarrollado en el pazo de Trasalba) y en el propio título de una de sus dos grandes sesiones, dedicada al estudio de los «señores da terra» (Saavedra y Villares, 1991).

La obra de Otero que propiamente se puede calificar de histórica y que concierne al ámbito más específico del mundo rural tiene, como ya se ha dicho antes, una naturaleza disciplinar muy distinta. Fue autor de algunos textos históricos de orden general, de ensayos más específicos basados en gran medida en «recuerdos» o vivencias, de algunos estudios fruto de investigación de archivo, esto es, de «papeletas» y, además de todo ello, fue autor de una copiosa obra literaria que, en gran medida, tiene no sólo el espacio rural como teatro de la acción relatada, sino que obedece a una voluntad explícita de explicar, por vía literaria, las grandes transformaciones de la sociedad rural gallega de los siglos XVIII y XIX. Trataré de sintetizar en los siguientes párrafos las principales ideas que Otero tenía sobre el mundo rural, dejando para el final las alusiones a sus trabajos de investigación, escritos casi todos ellos a partir de los años cuarenta.

En su aproximación al mundo rural fue esencial para Otero su formación como geógrafo y su conocimiento directo de la aldea, que fue su «locus» preferido para ubicar sus relatos literarios y sus ensayos interpretativos de carácter histórico. La aldea fue analizada

con la mirada del geógrafo, tomando como punto de partida la propia parroquia de Trasalba (Otero, 1927). En esta obra se da cuenta de la situación técnica de la agricultura (sistemas de cultivos, maquinaria), de su poblamiento y arquitectura popular, de su estructura social y de su dimensión cultural, en la que no faltan páginas deliciosas de naturaleza antropológica sobre las pautas de comportamiento de los campesinos (sabiduría leguleya, sentido del tiempo, capacidad asociativa frente a las amenazas exteriores). En la confluencia de geografía e historia rural está, además, una notable capacidad para describir el funcionamiento de la vida cotidiana. Otero insiste de forma sistemática en la descripción del mundo rural regido por las estaciones del año y por unos ritmos agrarios que califica de «raíz ptolemaica», en el que cada sazón estacional marca los trabajos y los días. Es evidente que se trata de una alabanza desmedida de la aldea, pero nada explica mejor su funcionamiento que esta naturalización –de «ritmo étnico»– de la vida diaria de una comunidad rural: «o ano decorre nun tecido de relacións agardadas», sentencia en su ensayo de madurez sobre la evolución histórica de la aldea gallega (Otero, 1965: 140). Todo estaba previsto y marcado por la rueda de las estaciones del tiempo y por la perfección armónica de un mundo idealizado, propio de una Arcadia rural que está a punto de desaparecer.

También en su obra literaria estará presente la aldea de una forma continua, bien en su gran fresco histórico del siglo XIX (*Os camiños da vida*, 1928), como en otros textos más concretos (*O fidalgo*, 1932, *O mesón dos ermos*, 1936, o *La vocación de Adrián Silva*, 1949). Pero las aldeas no son uniformes, sino que esconden un universo social muy variado, en el que existe lo que el autor denomina unas veces «estamentos» y otras, «clases sociales», aunque no extraiga especiales consecuencias de este concepto. En el conjunto de estas obras geográficas, históricas y literarias, así como en innumerables artículos de revista o periódico, se encuentran cuatro grandes actores sociológicos (dos centrales y otros dos algo más laterales) y un problema esencial que debe ser explicado. Los actores fundamentales son los *fidalgos* o «señores da terra» y los campesinos; los más secundarios, los eclesiásticos –curas de aldea, frailes de convento– y, desde fuera de la aldea, los comerciantes o tenderos («O Castellano»). El problema central es el declinar de la *fidalgúia*, su derrota en tanto que depositaria de un legado histórico de patriarcado rural que no es capaz de mantener y que, en consecuencia, introduce un elemento de «finis Gallaeiae» tan común en la literatura de la decadencia, a la que sin duda se puede adscribir buena parte de la obra oteriana.

La visión de la nobleza rural gallega acuñada por la literatura anterior o coetánea de Otero Pedrayo ya se había ocupado de la decadencia de este grupo social, aunque en términos sensiblemente diferentes a los oterianos. La aproximación más sistemática en este punto fue la de Emilia Pardo Bazán, autora que describe en una de sus más conocidas

novelas (*Los pazos de Ulloa*, 1886), la decadencia del marqués de Ulloa, derrotado por la pujanza de su administrador, Primitivo. Se trata de una visión en la que priva más la necesidad literaria de efectuar una descripción naturalista y descarnada de un prototipo social, que la de explicar las causas de tal decadencia. La tarea histórico-literaria de Otero Pedrayo será de naturaleza muy diferente. Su acercamiento a los «señores da terra» tiene mucho más interés ideológico que propiamente literario. Lo que le importa es menos describir la decadencia de pazos y casas *fidalgas*, que buscar las razones que la explican. Y aquí se abre una mirada original sobre el conjunto de esta clase social agraria, que permite su empate con la investigación histórica propiamente dicha.

La mirada de Otero Pedrayo sobre los «señores da terra» se centra en la *fidalgúa* y no en la alta nobleza, porque prefiere los pazos rurales a los castillos roqueños. La razón de esta preferencia es, sin duda, de carácter ideológico, al contraponer el arraigo territorial de la hidalguía *pacega* con el absentismo de la nobleza del Reino desde el siglo XVI. Esta recuperación del papel estelar de los grupos intermediarios de pequeños y medianos rentistas que se engloban bajo la denominación de *fidalgúa* es una de las mejores contribuciones historiográficas de Otero Pedrayo. Tanto en su constitución histórica bajo el amparo de la Iglesia, como en su condición esencial de rentista o en su lento declinar durante el siglo XIX, todas sus intuiciones han sido fundamentalmente refrendadas por la historiografía actual, como ponen de relieve algunos balances recientes (Saavedra, 1997).

Su análisis del papel histórico desempeñado por la hidalguía rural gallega es menos idealizado de lo que suele suponerse y, además, no esconde algunas contradicciones. Aunque es verdad que evoca con mimo el papel patriarcal del «arte de vivir nos pazos», no esconde críticas a los errores que cometieron muchos de sus vástagos, que derrocharon sus caudales en malos negocios, el juego o los vicios. Un texto básico para entender su visión de la hidalguía es el relato breve *O fidalgo* (1932), donde fija las grandes líneas evolutivas de esta clase social, desde los tiempos de la desamortización y la carlistada, en las que el protagonista vivía todavía una época de bonanza (definida como de «mesa farta, bodega franca e bolsa aberta») hasta los primeros años del siglo XX, en que muere triste y pobre, aunque ufano de sus blasones, en una calle de Compostela, a punto de ser atropellado por el landó de un comerciante que quizás le había comprado su patrimonio en una probable almoneda. Lo que narra Otero, en éste y muchos otros textos, es el proceso de sustitución del liderazgo social de los rentistas rurales por parte de una nueva hornada de comerciantes y tenderos que, de forma algo despectiva, denomina como los «castellanos», en referencia a los inmigrantes foráneos (maragatos, cameranos, palentinos...) que se instalaron en Galicia durante la segunda mitad del siglo XIX. Es el relato de una derrota social, más que de una degeneración física al estilo de la Pardo Bazán.

Las razones de esta derrota no se esconden, ni tampoco sus consecuencias. Las razones tienen que ver con la quiebra de una sociedad agraria tradicional, regida por ritmos consuetudinarios de cosechas agrarias y pago de rentas, dentro de un régimen de respeto deferente de los campesinos hacia sus señores naturales. El principio de la «metamorfosis» de esta situación social lo coloca Otero en el último tercio del siglo XIX, cuando actúan de consuno la «tienda», la «carretera» y el «dinero de los Bancos», que van desestructurando la sociedad rural. Es una forma figurada de hablar del proceso de mercantilización de la agricultura. Las consecuencias que Otero advierte en esta verdadera transición de un modelo social a otro son muy variadas. La caída de la hidalguía es más que el final de una estirpe, pues abre la puerta a un «finis Gallaciae» que sólo puede evitarse mediante una toma de conciencia sobre la necesidad de «descubrir» y «redimir» la patria dormida, como les sucede a muchos protagonistas de las novelas oterianas (especialmente al Adrián Solovio de *Arredor de sí*). Es la apuesta personal e ideológica de Otero. Pero todavía queda una última solución, que el campesinado tomase el relevo de la hidalguía derrotada.

El campesino es, sin embargo, una figura que aparece peor perfilada que la hidalguía en la narrativa oteriana. Lo aprecia en su condición de depositario de las esencias patrias (religiosidad, conservación de la lengua, aprecio de la naturaleza), pero no le otorga un papel protagonista en la Galicia post-hidalga. Con todo, la visión del campesinado experimentó algunas mutaciones en la cosmovisión oteriana. En los años anteriores a la guerra civil, el campesino es considerado como un actor histórico más bien pasivo, coherente culturalmente pero distante de la posición de un «señorito» de la ciudad. Posteriormente, en su ensayo de madurez sobre la aldea gallega, al campesino se le reconoce la posibilidad de ser el verdadero sustituto de la *fidalgúia*, más por volverse «burgués» que por remedar un estilo de vida pacego que ya no podía volver. Aunque tarde, Otero también entendió a su modo el masivo proceso de propietarización que vivió la ruralía gallega durante todo el siglo XX, generalmente con el pequeño campesino parcelario como gran protagonista. Sin embargo, la intuición oteriana tampoco erró mucho en esta apreciación de los cambios sociales agrarios: «con diferencia dun século mais ou menos, a evolución do paisano é paralela á da fidalguía», sentencia nuestro autor en los años sesenta (Otero, 1965: 147).

A esta mirada, más bien evocadora y literaria, de Otero sobre el pasado histórico de la Galicia rural hay que agregar una mención, aunque tengan curiosamente menor interés en la actualidad, de sus obras basadas en investigaciones específicas. Son los escritos fundados en visitas a los archivos y en consultas bibliográficas específicas, esto es, basados en «papeletas» y no en «recuerdos» o vivencias. Estos escritos fueron realizados básicamente después de 1936, tanto en su periodo de privación de su cátedra del Instituto

orensano (desde 1937 hasta 1948), como en su fase de profesor universitario en los años cincuenta. Una parte de estos trabajos fue publicada en la revista del CSIC, *Cuadernos de Estudios Gallegos*, y otra fue el resultado de su labor de director de una magna *Historia de Galiza*, que le fue encargada en Buenos Aires en 1947 y que no comenzaría a ser editada hasta principios de los años sesenta y que, infelizmente, no pasó de la época antigua. Con este motivo visitó con frecuencia archivos, tanto en Galicia como fuera de ella (Simancas, Madrid), en un trabajo de equipo que afrontó en compañía de archiveros como Ferro Couselo y otros colaboradores.

Los artículos de investigación de aquellos años no se apartaron, en sus coordenadas espacio-temporales, de los «loci» que le eran más queridos. Tratan de aspectos diversos de los siglos XVIII y XIX relativos a la provincia de Ourense. Casi todos ellos se hallan reunidos actualmente en un volumen específico que facilita su consulta (Otero, 1996). Su temática se aparta, al menos parcialmente, de los asuntos que habían protagonizado su obra literaria y ensayística anterior. Apenas se habla de pazos ni de *fidalgos* y mucho, en cambio, de historia económica, con informaciones que en general proceden del Catastro de Ensenada, censos y diccionarios estadísticos, expedientes de la desamortización y algunos documentos procedentes de la exclaustración monástica. No desaparece del todo el interés por la historia de la vida cotidiana o la historia cultural, pero los trabajos más sólidos, aunque en exceso descriptivos, sean los relativos al comercio de linos y lienzos, la producción de cera, la historia de algunas encomiendas militares, su ensayo pionero sobre la desamortización en la provincia de Ourense, publicado en 1955 y un preciso artículo sobre la «evolución de la doctrina sobre el foro», dado a luz en 1958.

5. CONCLUSIONES: LA ORIGINALIDAD DE SU OBRA

En una recapitulación conclusiva de las aportaciones de Otero Pedrayo al conocimiento del mundo rural gallego debe darse preferencia tanto al punto de vista adoptado como a los resultados concretos. En realidad, muchas de sus páginas son fruto de vivencias y recuerdos, de una comprensión de la realidad histórica más sentida que racionalizada o teorizada, de una combinación de lecturas de los grandes autores con la experiencia del viaje o la observación directa de la realidad. No es su método lo que importa, sino sus intuiciones y, sobre todo, su capacidad para construir un relato novelado de un mundo en transición. Su conversión de la aldea en sujeto central de buena parte de su obra, observada con mirada de microscopio, permite situar su contribución en un terreno fronterizo entre la geografía, la historia y la antropología. No se trata de un diálogo consciente entre diversas ciencias sociales, a la manera que fue practicada por numerosos científicos sociales del siglo XX, especialmente por parte de los fundadores de la escuela fran-

cesa de los *Annales*, desde Lucien Febvre hasta Fernand Braudel. En Otero sucede justamente al revés. Es su formación de raíz romántica, su sensibilidad de geógrafo, su ideología nacionalista lo que explica que, en una visión idealizada del pasado, puedan hallarse novedosos puntos de vista. En realidad, Otero Pedrayo fue un científico social de una forma inadvertida o, dicho con mayor precisión, carente de una base teórica y metodológica explícita que sustentase tal práctica intelectual.

Pero hay algo de modernidad en su obra que fue realizada al margen de corrientes académicas y de escuelas científicas. Su método fue el entender «sintiendo» una realidad local, lo que hace que sus textos sean una obra ciertamente original. Hay varias muestras de esa originalidad que conviene subrayar. La primera es su tendencia, deliberadamente adoptada, de evitar la historia política tal como se practicaba en su tiempo. Lo cotidiano y personal se impone a la historia institucional y a la historia política basada en los grandes acontecimientos. Este aprecio de lo no político le lleva a estudiar las formas del paisaje, la estructura social de las aldeas, el papel de las clases sociales en el mundo rural, aspectos económicos y, sobre todo, las pautas culturales y simbólicas de hidalgos, curas y paisanos. Su obra está, en este sentido, más próxima de la forma de hacer historia de finales del siglo XX (estudios culturales, mentalidades, historia económica y social) que de la que se practicaba en su tiempo, al menos en su entorno gallego y español.

Otra aportación relativamente original fue la concepción del tiempo, problema que le cautivó durante toda su vida. Más allá de su tipología de los diversos tiempos aplicados al estudio del paisaje o de la historia, la novedad estriba en su insistencia en su combinación, entre el tiempo largo (cósmico o planetario) con el propiamente histórico y el de corto plazo. De nuevo son las aldeas el yunque donde se temple del mejor modo esta idea del tiempo. La influencia del territorio, la acción de los diversos factores de la naturaleza (agua, luz, vegetación, fauna) es modulada por la intervención del hombre. Y esto se aplica tanto a la tipología de los paisajes como a la evolución de pazos y casas *fidalgas*. Todo se explica por un continuo flujo, un *decorrer* histórico, que constituye el mejor eje explicativo de los cambios. Su obsesión era saber, en la mejor tradición historiográfica occidental, cómo se producían las grandes mudanzas históricas, que en su prosa se definen frecuentemente como un sucesivo *devalar* de «formas» y «procesos».

Aunque no sea una originalidad en sí misma, conviene notar la extraordinaria atención que Otero presta a la historia contemporánea y, en cierto modo, a lo que ahora se denomina historia del tiempo presente. La cantidad de ensayos, artículos y novelas sobre el siglo XIX constituye el rubro más sólido de toda su obra, porque era el momento histórico de la transición desde el Antiguo Régimen a lo que, con algo de disgusto, denominaba Otero el mundo «burgués». Pero su formación de geógrafo y su tendencia a la

observación directa de la realidad favoreció también su capacidad, más que hacer historia del presente, de elaborar relatos *con* historia, en los que el recurso a la perspectiva del paso del tiempo era un instrumento analítico y no el objeto de análisis.

Para un lector actual, especializado en la historia del mundo rural, acercarse a la prosa de Otero exige una actitud algo más que ingenua. Es precisa alguna pericia, no tanto sobre los temas tratados cuanto sobre el contexto en que se elabora su entera cosmovisión de una realidad histórica y geográfica que da cuenta de las grandes tendencias intelectuales de la época, a partir de un lugar concreto. Un mundo visto desde el balcón de un pazo de Trasalba, pero con toda una biblioteca leída sin la interferencia de glosadores ocasionales. Su obra no puede entenderse como una fuente en la que hallar datos e informaciones para una investigación concreta, pues es poca el agua que mana de ella en el aspecto empírico. Se encontrarán, sin embargo, intuiciones sorprendentes y descripciones de situaciones sociales o de paisajes físicos que ahorran lecturas y, quizás, también viajes. La obra de Otero enseña a ver y sentir, porque transmite una mirada personal del autor, que se advierte en los registros más diferentes, desde una simple carta íntima escrita a su madre hasta la conferencia más aplaudida, el ensayo más riguroso o la propia novela de inspiración patriótica. No hay cortes entre su individualidad, su idea de Galicia o del mundo y sus escritos, lo que significa que la actualidad de su obra está más en la coherencia intelectual que en sus resultados concretos, por notables que éstos sean. Como suele suceder con las obras de los clásicos, se mezclan en ella rosas y espinas.

Acabemos con las rosas, que se encuentran de forma superlativa en su prosa. Porque, aunque el método es endeble, las formas de exposición de su obra están adornadas de una innegable capacidad literaria. El relato histórico, que durante siglos formó parte indisoluble de la retórica, comenzó a flaquear en su capacidad narrativa justamente cuando se hizo adulto. En la actualidad, después de los debates, entreverados de algún desengaño, suscitados por el «giro lingüístico», no estamos en la mejor de las posiciones para abogar por una reducción de la historia a pura creación literaria. Pero también es evidente que se ha producido un retorno del gusto narrativo que la historiografía había abandonado durante mucho tiempo. No quiero señalar con ello que Otero fuese un precursor de la narratividad, pero su constante apelación al recurso narrativo debe ser vista hoy más como una virtud que como un defecto. Al menos, que esta práctica de una historia «novelada» no impida que su obra sea separada del Parnaso de la historiografía, como he tratado de justificar en estas páginas.

AGRADECIMIENTOS

Agradezco al Comité de Redacción de la revista sus atentas observaciones y comentarios, que han mejorado notablemente la versión original del artículo.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BERDOULAY, V. (1981): *La formation de l'Ecole française de géographie (1870-1914)*, Paris, Bibliothèque Nationale.
- BOUHIER, A. (1979): *La Galice. Essai géographique d'analyse et d'interprétation d'un vieux complexe agraire*, La Roche-sur-Yon.
- DÍAZ-FIERROS, F. (1997): «Os tempos xeográficos de Otero Pedrayo, hoxe», en KREMER, D. (ed.), *Homenaxe a Ramón Lourenzo*, Vigo, Galaxia, tomo I, pp. 501-510.
- FERNÁNDEZ PÉREZ-SANJULIÁN, C. (2003): *A construción nacional no discurso literario de Ramón Otero Pedrayo*, Pontevedra, Concello de Pontevedra.
- GARCÍA ÁLVAREZ, J. (2002): *Territorio y nacionalismo. La construcción geográfica de la identidad gallega*, Santiago de Compostela, Xunta de Galicia.
- GUIOMAR, J.Y. (1986): «Le Tableau de la géographie de la France de Vidal de la Blache», en NORA, P. (dir), *Les lieux de mémoire, II. La Nation*, Paris, Gallimard, vol. 1, pp.569-597.
- MARFANY, J.-L. (1995): *La cultura del catalanisme*, Barcelona, Empúries.
- ORTEGA CANTERO, N. (ed.) (2005): *Paisaje, memoria histórica e identidad nacional*, Madrid, Fundación Duques de Soria/UAM Ediciones.
- OTERO PEDRAYO, R. (1922): «Encol da aldeia», *Nós*, 14, pp. 1-7.
- OTERO PEDRAYO, R. (1926): *Guía de Galicia*, Madrid, Editorial Calpe.
- OTERO PEDRAYO, R. (1927): *Problemas de xeografía galega. Notas encol das formas de poboación labrega*, A Coruña, Editorial Nós.
- OTERO PEDRAYO, R. (1928): *Os camiños da vida*, A Coruña, Editorial Nós.
- OTERO PEDRAYO, R. (1928): *Paisajes y problemas geográficos de Galicia*, Madrid, Compañía Ibero-Americana de Publicaciones.
- OTERO PEDRAYO, R. (1929): *Pelerinaxes*, A Coruña, Editorial Nós.
- OTERO PEDRAYO, R. (1931): *Morte e resurrección*, Ourense [cita por Obra Selecta, II. Ensaíos, 1983, Vigo, Editorial Galaxia].
- OTERO PEDRAYO, R. (1932): «O elemento animal na paisaxe», *Nós*, 105, pp. 158-162.
- OTERO PEDRAYO, R. (1932): «O fidalgo», en *Contos do camiño e da rúa*, Santiago de Compostela, Editorial Nós [cita por reedición de Editorial Galaxia, Vigo, 2003, pp. 35-55].
- OTERO PEDRAYO, R. (1933): *Ensaio histórico sobre la cultura gallega*, Santiago de Compostela, Editorial Nós.

- OTERO PEDRAYO, R. (1936): *O mesón dos ermos*, Ourense, Editorial Alauda.
- OTERO PEDRAYO, R. (1947): *A paisaxe galega, as suas leis e tipos*, Conferencia pronunciada en la F.S.G de Buenos Aires [transcripción en Consello da Cultura Galega, Santiago de Compostela, 1998].
- OTERO PEDRAYO, R. (1949): *La vocación de Adrián Silva*, A Coruña, Editorial Moret.
- OTERO PEDRAYO, R. (1955): «Ensaio sobor da paisaxe galega», en *Paisaxe e Cultura*, Vigo, Editorial Galaxia, pp. 13-57.
- OTERO PEDRAYO, R. (1955): *Geografía de España. Presencia y potencia del suelo y del pueblo español*, Barcelona, Editorial Gallach.
- OTERO PEDRAYO, R. (1965): «A aldea no seu decorrer histórico», *Grial*, 8, pp. 133-150.
- OTERO PEDRAYO, R. (1969): *Síntesis histórica do século XVIII en Galicia*, Vigo, Galaxia.
- OTERO PEDRAYO, R. (1996): *Temas ourensáns. Escolma de traballos de investigación referidos a Ourense e as suas terras*, Ourense, Fundación Otero Pedrayo/Caixa Galicia.
- PÉREZ ALBERTI, A. (2001): «Analizando as paisaxes», en *Xornadas sobre Otero Pedrayo*, Santiago de Compostela, Xunta de Galicia, pp. 123-130.
- QUINTANA, X. R. y VALCÁRCCEL, M. (1988): *Ramón Otero Pedrayo. Vida, obra e pensamento*, Vigo, Ir Indo Edicións.
- SAAVEDRA, P. (1997): «Formación, consolidación e influencia social e cultural da fidalguía, ss. XVI-XVIII», en *O feito diferencial galego. Historia*, Santiago de Compostela, Museo do Pobo Galego, pp. 123-156.
- SAAVEDRA, P. y VILLARES, R. (1991): *Señores y campesinos en la península ibérica, ss. XVIII-XX*, Barcelona, Crítica/Consello da Cultura Galega.
- VILLARES, R. (2007): *Fuga e retorno de Adrián Solovio. Sobre a educación sentimental dun intelectual galeguista*, Ourense, Fundación Otero Pedrayo/Real Academia Galega.

Ramón Otero Pedrayo hacia 1960



Archivo de la Fundación Otero Pedrayo, Trasalba (Ourense).